

Sin embargo, logra también ligereza por su tono sencillo y casi oral, reforzado por la familiaridad que supone la presencia del propio autor como narrador. Así, la historia, salpicada con anotaciones burlescas, con apelaciones al lector, con bromas sobre el desenlace verosímil y conveniente, más se acerca a la relación hecha ante un puñado de amigos en la barra de un bar que a un relato literario con ambiciones. En realidad, no debe dársele más trascendencia que la que se le otorga a un libro menor, juguete jocoso, de los que se olvidan con tanta facilidad como se leen. No deja de producir cierta pena que alguien con las dotes de narrador nato de Eslava Galán malgastase su talento en empresas tan irrelevantes. Ojalá sea ésta la última obra suya que queda por debajo de sus posibilidades, las que ya acreditó en su imaginativo debut, *En busca del unicornio* (1987).

Más lejos quisiera llegar, me parece, Adolfo Marsillach en *Se vende ático* (Madrid, Espasa Calpe, 1995), un relato que comparte con el anterior la infrecuente presencia del propio autor en medio de la anécdota y su carácter de reflejo costumbrista de actitudes modernas.

Tal vez lo primero que habría que plantearse a propósito de *Se vende ático* es el género al que pertenece y no por una cuestión académica, sino porque determina la opinión que nos merezca. El libro se anuncia como novela, y ha sido galardonado con un premio dedicado a esa clase de literatura, pero el subtítulo apunta a su verdadera sustancia, «Escenas conyugales». Podría tenerse por una novela en su mayor parte dialogada, pero se halla más cerca de un texto de concepción teatral, próximo a una comedia que en lugar de concentrar el conflicto lo dilata hasta los límites en que resulta inevitable el desarrollo narrativo.

La verdadera forma de la obra de Marsillach está en un subgénero reciente, el que en términos televisivos, a cuyo dominio pertenece, se llama «comedia de situación». Para que sea el guion de una telecomedia, y podemos sospechar que ahí acabará; sólo le sobra algún párrafo en los fragmentos no dialogados. En qué consisten esta clase de argumentos ya lo sabemos: unos pocos personajes, relacionados por alguna circunstancia (la casa en que viven, el oficio, un grado de parentesco...), protagonizan escenas típicas del tiempo actual. En este caso, varios matrimonios fracasados permiten

el humorístico desfile de actitudes muy del día entre las relaciones de pareja.

Parte Marsillach no de una idea novelesca, con su habitual aliento expositivo, sino de los mecanismos de la comedia de equívocos: parejas que se encuentran y desencuentran, infidelidades que se pagan, afectos confusos y coincidencias que cuestionan la ley de las probabilidades. Todo con su gracia, verbal y de situaciones, con algunas ingeniosidades, con un tono satírico no acre. Los personajes se juegan cosas serias en la vida, pero el autor los lleva y los trae minimizando los problemas y relegándolos hasta la chanza. Es verdad que en broma se pueden decir cosas serias y no dejan de aparecer en la obra usos de las relaciones personales modernas que el autor satiriza, aunque sin el menor atisbo moralizador. Al revés, adopta una cierta postura cómplice, como de testigo que levanta acta sin mover una ceja o, en todo caso, con la sonrisa benévola de quien está de vuelta de todo, aunque olvide la sabia advertencia machadiana. De esa actitud hace ostentación el propio autor desde la dedicatoria del volumen: «A todas las parejas con las que he convivido y a los hombres que ahora conviven con ellas».

Seguramente, otra perspectiva de esta zarabanda de los afectos, de esta compulsiva búsqueda del amor y de la compañía, sería insoportable y llevaría a planteamientos propios de fundamentalistas. O requeriría el coraje que el cinismo verdadero necesita y al que no está dispuesto a llegar el autor, que se queda en la socorrida desverguenza de tertulia. En ese distanciamiento irónico y en la capacidad de Marsillach para sintetizar conflictos en una suma de rápidas escenas, están sus mejores aciertos. Junto a ello destaca el diálogo, entrecortado y vivo, aunque más propio del escenario que de la vida. También destaca, pero por lo contrario, por una negligencia imperdonable, la orgía de adverbios acabados en «-mente». El resultado global no es muy positivo. Los personajes están esquematizados al máximo, carecen de densidad y obedecen, en su configuración y en sus ideas, al tópico. Pero acaso tampoco se deba pedir más a una obra ligera y superficial, de amable crítica, que entretiene bastante y se olvida al momento.

Santos Sanz Villanueva

De la ficción a la vida (y viceversa)*

La mayor parte de nosotros, como meros lectores, apenas conocemos el proceso de creación de esos juegos malabares que son las obras literarias. Nos sentimos deslumbrados (o decepcionados) por sus efectos, por sus logros, por todo lo que nos aportan y nos sugieren. Y rara vez podemos acceder a ese mundo secreto de las bambalinas, espiando por encima del hombro del autor el desconocido reino de donde proceden sus palabras. Esas raras ocasiones suelen ser las lecturas públicas, las entrevistas, los estudios, las declaraciones de todo tipo a través de las cuales los escritores, con mayor o menor sinceridad, tópicos y poses, nos muestran su *modus operandi*.

Precisamente con *Tertulia Oliver* (primer número de la reciente colección *Memorabilia*, de la editorial Libros del Peixe, destinada a la publicación de estudios literarios) tenemos la oportunidad de viajar al otro lado del espejo, a los entresijos de un grupo literario. Pero este libro ofrece algo más que lo que promete en su subtítulo y algo más de lo que nos suelen ofrecer las habituales transcripciones testimoniales de tertulias famosas: con hábil maestría, Martín López Vega, joven aunque sobradamente experimentado poeta (autor de *Objetos robados* y su hasta ahora último poemario, en prensa, *Travesías*), se estrena con éxito en el terreno de la prosa, proporcionándonos no sólo una valiosa y rigurosa guía de consulta sobre la existencia y avatares de los componentes de dicha tertulia ovetense, sino que además rescata para la presente edición una serie de textos, la mayor parte inaccesibles, que enriquecen el conocimiento de tales autores. Así, López-Vega sabe situar la erudición en su debido lugar (la bibliografía sobre *Oliver* que publica en la «Introducción», la exce-

lente «Guía Bibliográfica», con todos los datos precisos e indagaciones a través de enmascaramientos, apócrifos, pastiches y demás juegos de ingenio, tan queridos a los integrantes de la tertulia desde los tiempos de la revista *Jugar con Fuego*, a través del análisis de las sucesivas publicaciones asociadas a los miembros de la tertulia Oliver, principalmente las revistas *Escrito en el Agua*, cuyo último número consiste en una antología de la más reciente poesía del momento (1991), a cargo del poeta José Luis Piquero, y *Reloj de Arena*, actual medio difusor de la tertulia, o los libros editados en la colección *Cuadernos Oliver* (primera y segunda serie) y los suplementos de la revista *Reloj de Arena*; y el «Índice de Colaboradores», entre los que, junto a autores de reconocido prestigio y valía, se han dado a conocer nuevas y prometedoras voces, aunque en ocasiones algunos nombres hicieron acto de presencia durante breves períodos de tiempo para desaparecer, por diversos motivos, sin dejar mayor rastro), y otorgar el peso y el centro de gravedad del libro a los textos recuperados en la «Antología», dividida en seis partes: «Viajes e Historias», «Lira Última y Otros Poemas», «Epistolario», «Versiones Libertinas», «Páginas de un Diario» y «Tertulias Escritas». Común a todos ellos es el carácter lúdico y lo que tan bien definió Víctor Botas, uno de los más prestigiosos contertulios, como «coña beatífica»: ese desenfadado descaro que les lleva a desacralizarlo todo, por muy sagrado o intangible que parezca. Incluso la literatura. Porque hay mucho de terrorismo literario entre algunos de estos textos, destinados a ironizar sobre los mitos y fetiches de los más egregios eruditos, como es el caso de la carta de Fernando Pessoa o algún poema de Sandro Penna.

No obstante, este desenfadado en el tratamiento de la Literatura con mayúscula, no se reduce apenas a la parodia o el desenmascaramiento, sino que en ocasiones se transforma en un modo de *taller de reparaciones* en los que ciertos poemas pierden su cojera o, cuando menos, reciben una puesta a punto para lograr pasar la ITV de los actuales lectores, como es el caso del apartado dedicado a las «Versiones Libertinas».

* Tertulia «Oliver». Una aproximación bibliográfica, Martín López-Vega, *Llibros del Peixe*, Gijón, 1995.

Por otra parte, un estudio de las cartas recibidas en la redacción de las revistas *Escrito en el Agua* y *Reloj de Arena* permite obtener una visión muy significativa del panorama poético de esos años, y de las disputas entre miembros pertenecientes a diversas tendencias o estéticas, en las que se esgrimen, una vez más, el sarcasmo, la parodia más lacerante y mordaz, la seriedad, el cabreo, la benevolencia, la ironía o la indignación, todo ello desde unas posiciones muy definidas. Porque si algo está claro son las afinidades electivas de los componentes de la tertulia, los colaboradores de sus publicaciones y la mayor parte de sus lectores, por encima de sus diferencias y particularidades. Como no podría dejar de ser, el grupo aglutina y genera la convivencia de un grupo de escritores o simples aficionados que comparten gustos similares, y potencia el intercambio de ideas, sugerencias, propuestas, etc, disfrutando además de la ventaja que supone el contacto entre autores pertenecientes a generaciones diferentes.

Pero lo que considero el mayor acierto del libro de López-Vega es sin duda la mezcla de niveles que acaba por transformar a los escritores en entes fabricados con la materia de que están hechos los sueños. Necesitamos de la ficción para enriquecer nuestra existencia, por lo demás generalmente monótona y gris, y a su vez la ficción necesita de una apariencia de verdad para llegar a sernos interesante, que es en última instancia su utilidad. Sólo somos lo que somos, pero gracias a ese maravilloso sortilegio que es la literatura podemos llegar a transformarnos en algo más, en seres de papel, adquiriendo así otra realidad mucho más rica y, en ocasiones, inmortal. Así los autores cuyas obras se analizan con todo el rigor de un índice bibliográfico son a su vez los personajes de los diarios, o los interlocutores de las transcripciones escritas de algunas sesiones. Lo cual no quiere decir ni mucho menos que lo que los personajes digan o hagan sea lo que los seres reales hacen o dicen. Nada más lejos de lo real. Así la autora del libro *Mis turbaciones* María Pía de la Roza, a pesar de existir en realidad, y ser miembro de la tertulia, no pasa de ser un pseudónimo tras el que se oculta Víctor Botas. O las impresiones de éste en «Línea 7» son en realidad una alegre parodia de sus fobias y manías por parte de otro ilustre contertulio, el poeta y crítico José Luis García

Martín. De tal manera que la realidad y la ficción, la vida y la obra, lo real y lo falso, se barajan sin ninguna cortapisa ni prejuicio. Y si no fuera por las fotografías de las distintas etapas de la tertulia y de las portadas de los cuadernos y revistas allí publicados, más de uno pensaría que ciertos individuos no pasaban de desdoblamientos heteronómicos, tal y como tuvo la oportunidad de comprobar el propio Martín López-Vega, considerado por un crítico literario local como pseudo o heterónimo del citado García Martín. Aunque, quién sabe, hoy en día ciertos programas de ordenador hacen maravillas trucando fotografías. Y en eso de la realidad virtual no estoy muy ducho; ¡quién sabe!

Ángel Alonso

*La fuente inagotable de Gastón Baquero**

Cuando para un poeta la lectura es una actividad tan sublime como la propia creación lírica, la aparición de un libro suyo que contiene ensayos sobre otros poetas constituye un acontecimiento tan magno como la publicación de sus poemas capitales. Gastón Baquero, que

* *Editorial Pre-textos, Valencia, 220 pp.*